

(c)

Aina Pérez Fondevilla

{ **EL ÁMBITO DE LA NEGACIÓN** }

Alrededor de la persona que escribe libros siempre debe haber una separación de los demás. [...] Esta soledad real del cuerpo se convierte en la, inviolable, del escribir. [Escribir] es siempre la puerta abierta hacia el abandono. El suicidio está en la soledad de un escritor. Uno está solo incluso en su propia soledad. Siempre inconcebible. Siempre peligrosa. Sí. Un precio que hay que pagar por haber osado salir y gritar. [...] La soledad es eso sin lo que nada se hace.
Marguerite DURAS, *Escribir*

No me escaparé, esta noche, del encuentro con el largo espejo, del soliloquio cien veces esquivado, rehuido, retomado e interrumpido...
COLETTE, *La vagabonde*

No.

Digo que no. Me atrevo a decir que no y ese no es inapelable. Es un no ubicuo, que a todo se refiere y se alza por encima de la pregunta concreta, del ser respuesta a una pregunta concreta. No es una protesta sino una liberación. La liberación de un deseo y también el inicio de la búsqueda del deseo, la verdadera voluntad de desear, la verdadera libertad de desear, el verdadero deseo de desear. Y sí es una protesta contra aquellos que creen que es una protesta: contra los mendigos de los grandes deseos ajenos, contra los perros hambrientos de un deseo que no se atreven a albergar.

Hay aquí, hace tiempo que lo sé (es el pudibundo aire expirado, el tono de las voces, la ausencia de grito), un visceral temor a ser deseante. He escrito esta frase y sé que es mentira, que quien teme ser deseante no puede jamás atreverse tampoco a temer con las vísceras. Hay pues, un cómodo, un acomodado temor, un temor enraizado en la comodidad de desear hasta la herida. Hay un espanto generalizado del dolor que se engendra en los grandes deseos, del dolor que engendra los grandes deseos. Por eso nadie habla, por eso se han apaciguado los gritos, y no porque las razones de los gritos ya no sean razones de ser, razones del ser, eso siempre.

Yo quiero hablar de la muerte, contarla. Contar el miedo que palpita bajo todo lo importante y reivindicar el derecho a necesitar el miedo que palpita bajo todo lo importante. Quiero pedir un agradecimiento para ese miedo, quiero reconocerlo para poder reconciliarme con él, semilla de mis textos, de mi palabra; y mi palabra, semilla de mi deseo, de mi capacidad de amor.

Mi amor es en cuanto es palabra, en cuanto he tenido el valor de hacerlo palabra, de liberarlo con la palabra.

No es a la inversa. No hay sentimiento, no hay deseo, ni dolor, ni desgarró, ni pasión antes de la palabra. A veces, es fácil creer que sí. Hablamos de un deseo de ayer y creemos que ese deseo ayer estaba allí, aún sin el nombre del deseo. Pero ese deseo no hubiera sido jamás deseo si no lo hubiéramos nombrado: deseo. Desde el momento en que escogemos esa palabra y no otra, eso empieza a ser, no antes, aunque ya no sea. Empieza a ser, si ya no es, en el pasado del momento en que lo nombramos. Carece de presente. Ha sido a pesar de no haber sido nunca.

Esa es nuestra historia de amor.

Eso es lo que voy a contar, junto a la muerte, junto al grito, haciendo de todo ello una reivindicación, un gran no que hoy transmuto en sí –ensimismándolo– y que hoy proclamo al viento, a la gran oreja.

En realidad, sabemos que eso que bautizamos, eso que parimos con la palabra, eso que engendramos con la palabra, eso que concebimos con la palabra, sabemos que esa palabra hubiera podido ser otra. No necesariamente deseo. Tal vez hasta repulsa. O libertad, o vértigo. O náusea, o literatura. Todo eso hubiera podido ser, y ahora que lo he dicho, todo eso fue.

Un péndulo, las olas, el movimiento seguro, preciso, de una duda que oscila entre dos polos, siempre entre dos extremos. No hay grises.

Sentadas las premisas, reconocido el poder de la palabra y la inexistencia de las cosas sin la palabra, es posible ya empezar a contar sin miedo. Aunque volviendo siempre a esas premisas, a la reflexión sobre la palabra, porque ése es el tema del texto, de donde parten todos los demás –él, yo, el amor. Es ya posible inventar, verbalizar, versificar. Porque ya sabemos que no existe sino el invento, el relato. Porque hemos proclamado la legitimidad del invento. Ya podemos hacer como Duras. Y es ahora, una vez pronunciado su nombre, donde empieza la historia. Duras. Una vez sentadas las premisas; una vez manifestado el nombre admirado, una vez dicho que soy, desde este texto, que pretendo ser, en este texto, su seguidora, su copista.

Como habréis adivinado, mi humildad es falsa.

Cuando escribo, soy poderosa. Soy teatral, como en mis mejores momentos. Como en mis mejores momentos me atrevo a la exageración, legítimo la exageración. No hay voz que censure. No hay reclamo de una exactitud inútil... Si

consigo, como ahora, liberarme de mí misma, del análisis minucioso, de la crítica feroz, de la ausencia de amor que me profeso cuando enmudezco, cuando leo hablar a la que he sido un instante atrás, y que ya no soy; en la que, a pesar del espejo, no me reconozco.

Me pasaría la vida en este recinto azul del invento y la palabra. Y digo azul porque el azul es para mí el color de lo hondo, de lo auténtico. Nuestras noches eran azules. Nuestras noches eran azules y no cesaré de repetirlas. Oraré obsesivamente las noches azules en que fui feliz, en que me atreví a la herida definitiva de la felicidad [*Robert Antelme*]. Me quedaría aquí, y aquí no es un recoveco del camino sino la búsqueda incesante de un remanso que felizmente sé imposible. Me quedaría aquí, alejada de todos y de todo, más cerca que nunca de todos y de todo, de mí, de mi carne, de mi rostro adorado, diseccionado largamente en otras noches, las de ausencia. Y sin embargo me sé incapaz de permanecer. Sé que no tengo ni la fuerza ni el talento como para permanecer, como para atreverme a la soledad inviolable del escritor, como dice Duras, en *Écrire*. Entre otras cosas, porque no se trata de atreverse sino de ser.

Retomo el azul, después del desvarío, de, nuevamente, la falsa humildad.

En las noches azules que he pasado con él no nos atrevíamos jamás a la palabra amor. Parecía deliberado ese no nombrarlo nunca, ese ocupar el espacio de la palabra con el gesto; miradas largas, en que nos amábamos el cráneo que entreveíamos debajo de los ojos, las cuencas vacías; caricias largas, carentes de urgencia y sin embargo fuertes, la palma de la mano abierta, ofreciéndose al cuerpo ofrecido; el coito lento y sin orgasmo. Sólo fue una vez el orgasmo, la noche de la despedida. La última.

Parecía deliberado, buscado, querido, pero era imposible, dolorosamente imposible, decir el amor. Tal vez nunca fue, si no lo dijimos. Tal vez fue tan sólo para mí, que lo oraba obsesivamente, hasta perder el sentido de la súplica. Ya no sé qué suplicaba, si su amor o el mío. Aunque, eso sí lo sé, lo más importante sí lo sé, esa desesperación era una expresión más de mi deseo de ser actriz, o de ser escritora. No era, en realidad, más que eso, una puesta en escena del amor, para los demás y para mí misma, jamás para él.

La despedida. El orgasmo. La culminación, dije. Pero, ¿existió?, ¿es posible en esta historia?

En esta historia cada una de esas noches fue la última. En cada una de ellas acechaba la posibilidad de un adiós definitivo. Y el miedo a ese adiós absoluto, inapelable, ubicuo, era también el centro del deseo, uno de los nombres que hubiera podido dársele, que le estoy dando, sí, desde este texto.

Era, también, el centro de la súplica a que la posibilidad del regreso permaneciera siempre ahí, como nosotros, como veletas, como la palabra *nosotros* encastada en alguna parte entre las agitaciones desesperadas de un tú y

un yo incapaces de detención, de equilibrio, de fijeza; de dirección, de consecuencia.

Y también , siempre, la súplica a que no cesara jamás la necesidad del regreso.

Ahora sé que cualquier necesidad, igual que cualquier deseo, es una palabra. Que se crea pronunciándola y se extingue callándola. Tal vez así sí tenga sentido hablar de la última noche. Aunque no haya en el calendario día capaz de contenerla, hubo, sí, un inicio del silencio.

En esta historia las fechas importan tan poco como los lugares, los apellidos, las letras de tu nombre, mi amado A. Importan tan poco como las palabras para designar los regalos, los vestidos, las comidas. Qué, cómo, cuándo, quién. Las palabras 'para designar' no interesan, se les ve demasiado la voluntad de ser útiles.

Por eso no sé cómo ni cuándo, dónde, empecé a saberle, en qué momento y sobre qué soporte –papel de carta, servilleta, azulada pantalla fosforescente– empecé a escribirle, a hacerle verbo, mío. Ni sé tampoco cuándo fue que le perdí. Como tampoco supe entonces que esa angustia y ese espanto de ser eran la angustia y el espanto de la pérdida irreparable, del abismo, de la negativa cuyo pronunciante –él, yo, el amor– ignoro también, todavía.

En esta historia se construyen imágenes. Se escribe a través de una complicada labor de desentumecimiento de ese camino que va de mi cerebro a las palabras que configuran esas imágenes. Escribir esta historia es recordar las palabras con que la viví, recordar la posición de cada una de ellas en el caligrama que es la imagen. (Confiar en la memoria, no. Confiar en las palabras que hacen esa memoria, confiar en las palabras que dan sentido a esas imágenes). Escribir esta historia es, también, escoger esas palabras nuevas, blancas, exorcizadas, que deben conformar el presente.

La primera de esas imágenes es: la confusión de los cuerpos. Un espejo, por ejemplo.

La convocación de la primera de las imágenes lleva implícita la palabra muerte. Siempre la muerte, en cada encuentro. Convirtiendo el encuentro en peligroso, convirtiendo el encuentro en inevitable, irresistible. Su muerte, la despedida, minando esa imagen, deshaciéndola. La muerte, la mía, la de él. La del cuerpo más cercano que nunca se tuvo. La del cuerpo que era entonces el único, el cuerpo por excelencia.

La posibilidad de que al final el cuerpo se quedara solo en el espejo mina esa primera imagen y la transforma en la segunda: la de la soledad vacua, la del orificio doliente; la fúnebre consecuencia de la primera.

* * * * *

De esas imágenes que otrora llené de palabras vuelvo la vista a otra imagen aún virgen, aún sin nombres. Poco a poco regreso a mi rostro. Esa es *mi* imagen, todavía sin palabras, sin un modo *correcto* de sentirla.

Poco a poco palpo la ambigüedad significativa de esa imagen; poco a poco, desde el ahora, desde la soledad más plena, la voy haciendo caligrama, poema cuya figura por excelencia es el oxímoron: la contradicción más radical, la ambigüedad reveladora. Vuelvo a ese rostro adorado que he diseccionado tantas veces en el espejo, con una paciencia larga, desconocida para otros menesteres. Con la hipnosis que produce lo desconocido, leo las líneas que lo surcan y fijo para siempre las palabras que lo afirman frente a su finitud.

Adapto la mirada a esa duplicidad, a esa otra que me mira. La escucho, la atiendo. Descubro que sólo hace falta otro espejo -yo entre dos espejos- para hacerme infinita.

Voy sabiendo poco a poco que no soy tan sólo eso que me ven, eso que me veo cuando convierto en ajena mi mirada: la belleza, la sonrisa ofrecida; la máscara que se duele y se alegra para otros; la puesta en escena de lo sentido. Voy sabiendo que, más adentro aún, mi rostro es cifra, jeroglífico, de esa multiplicidad de yo es conjugados en esa multiplicidad de tiempos en que me convierto entre los espejos.

Por eso, esa debe ser, esa es, ahora, la imagen en la que empieza el final del texto, de este bosquejo inconcluso e "inconcluible" de la que soy y la que fui, *confundiendo las cosas*, contigo.

Por eso, porque esta es la imagen que lleva al acontecimiento de una nueva soledad. Sí. La soledad también acontece, también es un suceso, algo que te pasa, algo que te toma: y como en toda posesión de ese calibre, hay ahí una voluntad que reclama ser tomada. Hay, ahora, una voluntad del cuerpo de ser tomado por la soledad, de un cuerpo largamente preparado para la voluptuosidad del desgarrar constante de la soledad. Tu amor, mi amor por ti, que no ha sido sino el espacio para aprenderme, fue también algo que me tomaba, fue una posesión brutal del calibre de la escritura, del baile o del onanismo. Hubo también, una preparación del cuerpo para amarte. Esos arrebatos, esa voluntad mía de ser arrebatada de mí misma, afectan el cuerpo. En ellos una no es ya más que un cuerpo que palpita. Toda una es la palpitación de ese cuerpo arrebatado por una pasión, a un tiempo ajena y visceral e íntima.

Entonces, por eso, porque tú has estado aquí, porque tú no has estado aquí cuando he querido, porque en este amor he sido más sola que nunca, porque este amor me ha hecho, para siempre, sola. Entonces, por eso, digo que no y vuelvo la mirada a mi rostro y dejo huérfana de palabras la imagen de los cuerpos confundidos, la imagen de esa soledad dolida por ese amor tan solo, tan reflejo: la aniquilo.

Entonces, por eso, me miro frente a frente. Me miro cómplicemente y me provocho con la palabra: me insto a venir y ya me veo llegar, me siento acontecer como siento el orgasmo en la vagina justo antes de que se convierta en orgasmo. Me invoco también, como invoco tocándome el orgasmo para que no se detenga, para que estalle.

Niego el vacío: lleno el vacío de sí mismo.

La imagen final: una mujer, el espejo; el diálogo.